

María Zambrano. *Persona y democracia*¹

En la misma época en que María Zambrano escribe su libro *Persona y Democracia*, dirá José Lezama Lima en su ensayo “Mann y el fin de la grandeza”: “Desconfiamos de las posiciones crepusculares, de su pesimismo en las artes, pero es innegable que nuestros días conllevan una crisis de lo germinativo. Parece una sustancia, que cansada de soportar sus antítesis, comienza a extinguirse. Muchos signos de nuestra época están llenos de que es su propio soporte el que se doblega...”. Lezama constataba una crisis, la que María describiría como la *crisis de Occidente*. Claro que no fueron sólo ellos los que expresaron esa preocupación, pero sí fueron ellos los que indicaron un nuevo camino: “Gérmenes, orígenes, plasmas nuevos tienen que ser descubiertos”, sentenciará Lezama, y María, en su sombrío prólogo de 1987, escribirá: “Ahora es cuestión de volver a nacer (...) que el espíritu creador aparezca inverosímilmente y porque sí”. Tanto María como Lezama claman por una resurrección. Ya se conoce cómo Lezama le opone a la frase de Heidegger de el hombre como un ser para la muerte su idea del hombre, incluso el poeta, como un ser para la resurrección. La propia María discurre sobre ese “sentir de muerte o ese creer en la muerte” que ha dominado a la cultura occidental en las últimas tres décadas de la segunda mitad del siglo XX. Un filósofo cubano casi olvidado, Medardo Vitier, expresará: “El hombre ha progresado asombrosamente en su dominio de la Naturaleza pero no en el de su naturaleza”, y también: “pero sin un cambio en lo que San Pablo llamó *el hombre interior* son baldíos los reajustes en la sociedad”. Es evidente que aquella resurrección se refiere al hombre. Y es justamente el hombre el nuevo tema que desarrolla María Zambrano en *Persona y democracia*. Si antes se había planteado *el horizonte del liberalismo*, en este libro se plantea a *la persona como horizonte*. Tal parece que María coincide con el principio antrópico: “La historia no tendría sentido si no fuera la revelación progresiva del hombre” o “El hombre se anuncia antes de serlo, se profetiza”. Es muy significativo que María abandone finalmente toda utopía política; incluso, en su prólogo aludido, parece desconfiar de la democracia, y, sin embargo, se amiste con un pensamiento profético, como reitera tantas veces en *Persona y democracia*: “La fe es la actitud que corresponde al futuro”, “El futuro, que es el tiempo de la libertad”, “Que la vida viene del futuro”, o

¹ Ponencia publicada en *Actas del Congreso Internacional del centenario de María Zambrano: II. Crisis Cultural y Compromiso Civil en María Zambrano, Madrid, 2004*. Vélez-Málaga, Fundación María Zambrano, 2005.

más literalmente: “No hay creación sin profecía”. Pero es justamente la revelación gradual de la persona lo que entonces apetece María como condición esencial de una sociedad que se llame a sí misma democrática, es decir, la persona como la profecía de la democracia. Esa sociedad o ciudad ideal que compara con Dulcinea, y que nos recuerda el texto de Cervantes: “Liebre huye, galgos la persiguen, Dulcinea no parece”. No aparece, está escondida, como el *adónde te escondiste* de San Juan, sobre el que tanto insiste Jesús Moreno Sanz. No hay dudas de que esa persona, como realización integral del hombre en la sociedad, sería una *nueva creación*, tendría que comportar una radical transformación o, mejor, transfiguración, fundamentalmente ética, como propone María a lo largo de todo el libro. El hombre nuevo de San Pablo, el hombre interior de San Agustín, el superhombre nietzscheano o el hombre verdadero de María Zambrano, como denominó significativamente María a José Lezama Lima. Si María propugna una historia verdadera o una historia de libertad o una historia ética, en contraposición a otra apócrifa o trágica, aquella sólo puede encarnarla un hombre verdadero. Dice Cintio Vitier en su novela *De Peña Pobre*: “Sólo tiene sentido, dirección, lo que es moral; poco que ver con los *preceptos morales*; la energía, el *telos*. Unico tiempo real, el tiempo ético”.

Porque María quiere siempre ir *más allá*. Ese ir *más allá* que ella misma describe como lo privativo de la conciencia humana, la cual se debate por el anhelo entre la destrucción y la trascendencia. Dijo Lezama sibilinamente: “El *Paradiso* será comprendido más allá de la razón. Su presencia acompañará el nacimiento de los nuevos sentidos”. Y en su propia novela insistirá en cómo esos nuevos sentidos lo serían para comprender la primordialidad de la resurrección. ¿Sentidos éticos, sentidos poéticos? Ambas cosas. No hay que olvidar que *Persona y democracia* es como la sinfonía ética de su razón poética. No por gusto, al final del libro, clama por una nueva percepción, una nueva conciencia, de alcance cósmico, por una mente, un pensamiento, una conciencia en movimiento, que vea “que los hechos son *momentos* de un interminable proceso”, que las “cosas son (...) haces de energía”, es decir, vibraciones cuánticas; clama porque esa nueva percepción pase de la arquitectura a la música: “ese orden que armoniza las diferencias”, y, sobre todo, clama porque se preserve “La fe en lo imprevisible” (Lezama diría, en lo desconocido).

Pero María Zambrano se cuida mucho de desplegar una nueva utopía al uso, acaso porque como ya advertía “Lo que sigue siendo más fácil todavía para el hombre es construir infiernos o inventar paraísos”. Al final de su vida, en el prólogo de 1987, quiere desprenderse de toda concreción utópica. Si antes había desplegado su análisis del absolutismo, como principio opuesto a la democracia y, sobre todo, como negación de la persona como creación y sentido final de una sociedad verdaderamente democrática; si había, incluso, muy lúcida y atrevidamente, anticipado cómo aquella podía albergar su propia representación (como cuando contrapone el personaje a la persona), es decir, su propia negación, la que nombra como el “infierno de la democracia”, o discurre sobre la supervivencia en esta del absolutismo, en su prólogo o testamento profético, parece desentenderse ya de la democracia como tal, acaso porque ha comprobado que no ha advenido en ella la persona, el hombre verdadero, que no ha concluido con ella la historia sacrificial, y acaso duda aunque lo afirme que la democracia “sea el único camino para que prosiga la llamada cultura de Occidente”. Reparemos, además, en que *persona* y *democracia* no eran ya equivalentes semánticos en su discurso, como se demuestra cuando pregunta en su libro: “¿Seguirá siendo utópico pensar que algún día la sociedad tendrá una conformación, una estructura análoga a la de la persona humana? Que se logrará, por fin, un régimen que se comporte como una persona en su integridad”. Volvemos entonces a su profecía del hombre verdadero. A su esperanza.

Es precisamente la conciencia ética (o poética) la que podría salvar a la esperanza. En uno de los momentos más conmovedores de su libro, cuando se refiere a Dulcinea como símbolo de la República española, pero también como imagen de todos aquellos momentos privilegiados en que un pueblo accede al vislumbre de su plenitud posible, esto es, cuando por un instante, aunque sea en un instante de eternidad, podemos percibir o sentir la unidad, la pensadora enfrenta la gran paradoja o contradicción inherente a la vida e historia humanas. Ese instante, ese “siempre”, ese éxtasis, desaparece, “la vida sigue”, la vida “reaparece”, y todo parece regresar a la condición previa a ese momento de suprema comunión. Acaso porque como escribiera Paul Valery: “las regiones de la más alta serenidad están necesariamente desiertas” o, al menos, no podemos permanecer en ellas, como tampoco los místicos, a cuya experiencia última alude también. Entonces ella propone que se sitúe ese momento en el futuro, no en el pasado, y sólo a través de una percepción ética (o poética), que

armonice lo absoluto con lo relativo, lo permanente con lo contingente, lo visible con lo invisible, o, como diría Lezama, lo telúrico con lo estelar, podremos conservar la esperanza. Ya había citado antes María la frase de Ortega, “Vivir es anhelar”, más sin embargo el movimiento de su pensamiento parece avenirse mejor con una frase de Medardo Vitier: “Vivir es creer”, que se sitúa en una jerarquía mayor, en la esperanza o fe en la resurrección. Ni siquiera en ese prólogo tantas veces aludido, acaso uno de los documentos más sombríos del siglo pasado, deja de invocar a la esperanza. Recordemos sus palabras exactas: “*La crisis de Occidente* ya no ha lugar apenas. No hay crisis, lo que hay más que nunca es orfandad. Oscuros dioses han tomado el lugar de la luminosa claridad, aquella que se presentaba ofreciendo a la historia, al mundo, como el cumplimiento, el término de la historia sacrificial. Hoy no se ve ya el sacrificio: la historia se nos ha tornado en un lugar indiferente donde cualquier acontecimiento puede tener lugar con la misma vigencia y los mismos derechos que un Dios absoluto que no permite ni la más leve discusión. Todo está salvado y al par vemos que todo está destruido o en vísperas de destruirse. Es mi sentir”. Decía, ni siquiera con ese sentir deja de albergar una esperanza: “De que un triunfo glorioso de la Vida en este pequeño planeta se dé nuevamente”. Y pudiéramos preguntarnos, ¿pero cómo? No lo dice. O sí: habrá que volver a nacer. No puede desplegar ninguna utopía social porque acaso siente que el secreto de ese advenimiento está en el hombre mismo, en la persona. Es esta la que debe transformarse, completarse o transfigurarse, para poder eludir el suicidio de Occidente, para poder salir al fin de la prehistoria, para poder vivir realmente en un tiempo ético o poético, en la historia de la libertad. ¿Una imagen de ese hombre verdadero? En su texto “José Lezama Lima: hombre verdadero” y también en una carta a su viuda, María confiesa que reza ante un cirio encendido, como un canto a la Aurora, con unos versos de Lezama: “Oh luz manifestada que igualas al ojo con el Sol”. Que así sea.

Madrid, 22 de octubre, 2004